

Lecciones de periodismo para contar once horas de viaje a Armero y Chinchiná

Autoras:
Nathalia
Agudelo y
Angie Palacios¹



Gráfico No.1. Interfaz de la multimedia realizada
en alianza con *El Espectador* en 2015
Fuente: Tomado de <https://goo.gl/tKiAWU>

1 Las autoras son estudiantes de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana Cali e hicieron parte de la clase de Periodismo Electrónico 2015-2, orientada por el profesor Jorge Manrique-Grisales, que realizó la investigación sobre los 30 años de la tragedia de Armero publicada por El diario *El Espectador* en formato multimedia en noviembre de 2015.

Alianza informativa PUJ Cali-*El Espectador*

Introducción

Once horas para repasar las lecciones que dejaron Armero y Chinchiná, no fue un texto planeado. En las clases de Periodismo Electrónico nos informamos durante semanas sobre la catástrofe de Armero, hasta que llegó el gran día. El viernes 4 de septiembre de 2015, a las dos de la tarde, estábamos todos sentados en las afueras de la capilla de la Universidad esperando la van que nos llevaría al escenario de la remota tragedia que solo habíamos conocido por la prensa, relatos de familia y miles de registros en Internet. Fue un viaje largo. Casualmente, ese día pasamos por Armero a las 12 de la noche. Tratamos de sentir en intentos nulos el olor a rosas del que tanto hablaba el profesor Manrique.

Al siguiente día volvimos a Armero a las ocho de la mañana. Nos recibió el olor nauseabundo de un buitre en descomposición, y don Omar, un habitante y sobreviviente de la catástrofe que ocurrió allí el 13 de noviembre de 1985. A las cinco de la tarde nos estábamos bajando en el Páramo de Letras para estirar las piernas y usar los baños. Nos llevamos la sorpresa de que el Nevado del Ruiz estaba despejado y lo pudimos observar y fotografiar. En la bajada del páramo el profesor dijo de manera jocosa y sin esperanza alguna, que entráramos a Manizales a conocer el Observatorio Vulcanológico y Sismológico de Manizales. A las seis de la tarde estábamos entrando al Observatorio. Durante la explicación de cómo se detectan los sismos, en el país ocurrió uno de 5.0 en la escala de Richter, en el Valle del Cauca. Finalmente, a las 7:30 de la noche estábamos pasando por Chinchiná, población que también resultó afectada por la avalancha que borró a Armero.

Una vez en Cali, se empezaron a repartir las tareas que teníamos que hacer sobre nuestra vivencia en Armero. Nosotras, junto con el profesor, no teníamos realmente claro qué escribir o qué hacer. Primero salió el tema de escribir sobre el Observatorio Vulcanológico y Sismológico de Manizales, pero nos parecía que quedaba muy corto y muy técnico. Hicimos las cuentas de cuántas horas habíamos estado en todos los lugares, hasta que salió la idea de escribir *Once horas para repasar las lecciones que dejaron Armero y Chinchiná*. Esta crónica recoge nuestra vivencia, ya que en once horas pudimos repasar todas las lecciones que dejó Armero. Al empezar a hacer el escrito, tuvimos que volvernos a comunicar con el Observatorio de Manizales para concretar algunos datos.

Varias ediciones, revisiones y discusiones con el profesor fueron perfilando la nota, que finalmente fue aprobada por *El Espectador* en el especial multimedia con el que se recordaron 30 años de la tragedia natural más grande que ha vivido Colombia.

Crónica: Once horas para repasar las lecciones que dejaron Armero y Chinchiná

En cerca de once horas conocimos los escenarios que resumen la tragedia de Armero y Chinchiná. A las ocho de la mañana llegamos a lo que fue Armero. A las cinco de la tarde estábamos en el Páramo de Letras divisando el volcán nevado del Ruiz. A las seis estábamos ingresando al Observatorio Vulcanológico y Sismológico de Manizales y a las 7:30 de la noche pasamos por Chinchiná. En todo ese tiempo atravesamos el territorio por donde viajó la muerte el 13 de noviembre de 1985.



Del suelo endurecido, el abandono, la soledad y el calor que había en Armero, pasamos al frío de los cuatro mil metros del Páramo de Letras. En este lugar nuestras narices estaban congeladas y nuestra piel de gallina. Desde allí pudimos divisar el Nevado del Ruiz cubierto de ceniza gris y coronado por una fumarola blanca. Luego de tomar la improvisada decisión de llegar hasta Manizales, nos arriesgamos a ir hasta el Observatorio Vulcanológico y Sismológico de Manizales, sin la esperanza que este estuviera abierto.

Después de unos minutos que el profesor entró al Observatorio. El frío empezó a invadir la van en la que viajábamos y al bajarnos del vehículo el crepúsculo estaba en su mayor apogeo. Al entrar al Observatorio pudimos ver lo pulcro que era el primer piso, y las escaleras de madera. Entre nosotras nos miramos y pensamos “las quiero así en mi casa”. Cuando llegamos al tercer piso, pudimos ver que el lugar estaba esa tarde a cargo de cuatros jóvenes estudiantes de Geología de la Universidad de Caldas, de no más de 25 años de edad. Diego Lotero, María Alejandra Vélez, Oscar Cabrera y Mateo Correa, este último como coordinador, nos recibieron amablemente. En el momento en que se estaban presentando, nos pusimos a pensar que la vida de muchos colombianos estaba esa noche en manos de estos muchachos. Haciendo cuentas nos enteramos que ellos no habían nacido cuando ocurrió lo de Armero, pero hoy son los que vigilan el volcán 24/7.

El lenguaje de ellos es muy técnico pero siempre se preocuparon porque entendiéramos lo que se hace en el Observatorio. Nos explicaron el funcionamiento de los sismógrafos. Gracias a esta tecnología instalada en el Parque Nacional Natural de los Nevados para el monitoreo de seis volcanes, ahora los movimientos telúricos que se producen en el centro-occidente del país se pueden observar en pantallas grandes.

Curiosamente, mientras Diego Lotero, estudiante de séptimo semestre de Geología, nos estaba explicando cómo se monitorea desde las pantallas, se comenzó a registrar un sismo. “Sí que somos afortunados.” Eso fue lo que a todos se nos pasó por la cabeza, mientras mirábamos las rayas azules en la pantalla. El movimiento telúrico se produjo en San Pedro, Valle del Cauca, con una magnitud de 5,2 grados en la escala de Richter.

En un rincón estaba un viejo sismógrafo que aún sigue funcionando a la perfección. El rodillo de este aparato es ahumado con petróleo y una aguja marca los movimientos de la tierra. Luego se saca esta lámina y se cubre con laca transparente para archivarla, nos explicó María Alejandra Vélez, estudiante de décimo semestre. En ese momento pensé como hubiera sido de útil un aparato de estos en 1985. Desde marzo de ese año, la Oficina de Desastres de las Naciones Unidas (Undro), había recomendado a Ingeominas instalar sismógrafos para monitorear al Volcán Nevado del Ruíz, que había dado muestras de reactivación desde diciembre de 1984.

Los expertos también recomendaron levantar un mapa de riesgos volcánicos, que finalmente se hizo en tiempo récord y se entregó el 7 de octubre de 1985, 38 días antes de la tragedia y en el que se mostraba claramente qué le podía pasar a Armero y a Chinchiná como consecuencia de los lahares que podían formarse por el deshielo del nevado.

Aunque el 7 de septiembre de 1985 el gobierno destinó \$20 millones -con lo que hoy se compraría un carro de segunda- para que Ingeominas y otras entidades siguieran con la investigación de la actividad del Ruíz, la información científica no fue debidamente evaluada por quienes tenían la responsabilidad de ordenar una evacuación de las zonas de riesgo, como Armero y Chinchiná.

“Ay Manizales del alma,” fueron las palabras del profesor, oriundo de esa ciudad, al entrar a la terraza para observar la ceniza recolectada por los muchachos del Observatorio. Sólo veíamos las luces de Manizales, pero no el volcán. Sin embargo, los instrumentos y las cámaras instaladas en sus faldas nos permitían tomarle esa noche sus signos vitales.

Al descender en nuestro vehículo hacia el Valle del Cauca, pasamos por Chinchiná, la otra parte del país alcanzada por la avalancha que descendió del Nevado del Ruíz. Allí murieron alrededor de tres mil personas. Cuando cruzamos muy cerca al cauce del río Chinchiná, nos tratamos de imaginar el lahar que bajó por allí la noche del 13 de noviembre de 1985. Justo en ese momento pasamos por la tienda “La Primavera”, como se llamaba uno de los barrios afectados esa noche, junto con otros como Rancho Alegre y Mitres.

En un solo día pudimos estar en todos los escenarios donde se vivió la mayor tragedia natural del país. Ocurrió hace 30 años, pero el viejo volcán ya había vomitado fuego en 1592, 1700 y 1845. No aprendimos esas lecciones, pero al mejor estilo de los parciales en la Universidad, nos tocó repasar en once horas y media una historia dolorosa con la esperanza que no se vuelva a repetir.